

IV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2000.

Maldito punk.

Rodríguez Esteban y Jerónimo Pinedo.

Cita:

Rodríguez Esteban y Jerónimo Pinedo. (2000). *Maldito punk. IV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-033/126>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Maldito Punk

*Cuando no hay futuro / cómo puede haber pecado / somos las flores de los tachos de basura /
el veneno en tu máquina humana / somos el futuro / tu futuro.*

Sex Pistols.

Yo no creo en una mierda y allá vos que te creas lo que vos quieras.
Fogwill, en *Vivir Afuera*.

*Por Jerónimo Pinedo y Esteban Rodríguez.**

Dicho con las palabras de Fogwill (a modo de abstracts).

Quique Frog es un tipo esencialmente confuso, un poco por esa astucia que le dio fama de profundo a fuerza de empelotar las frases, y otro poco por el reviente. (...) Frog, es un drogón de quien nunca se sabe si no logró hacerse entender porque en ese momento estaba dopado, o si su razonamiento y su sintaxis fallaron porque ese día no tomo la dosis indispensable para completar su pensamiento, o porque, drogado o carenciado, tanta basura metida durante décadas en su cerebro acabó por obstruir irreversiblemente los circuitos nerviosos que comandaban el tono afectivo, o moral, o como quieran ustedes denominar a eso que, como el instinto de las especies inferiores, o las fobias impresas de los vertebrados, disparan los humanos un mecanismo de huida ante la aparición del reflejo de sinsentido en quien atiende a su discurso.

Sociología Punk.

Sociología-Punk. Suena distorsionado ¿no?. Se produce un desacople cuando escuchamos su pronunciación. Una “irregularidad” se diría en ciertos gabinetes. “-¿Qué tiene que ver la sociología con el punk?” ¿Qué oscuro pensamiento nos empuja a introducir violentamente una actitud callejera en un lavado proceso científico? ¿Qué parodia resalta cuando un elaborado concepto se acopla a esta palabreja, aún con el vergonzoso guioncito que las pretende separar? ¿Con qué temperamento acometemos contra ese lazo que

* Miembros editores de la Revista *La Grieta* y los folletos *La Náusea* de la ciudad de La Plata.

distancia, que es una de las tantas formas de asegurar el campo disciplinario? Porque si hablamos del Punk, hablamos de un temperamento. Una fuerza que se incrusta para descuajeringar el concepto. Pero también se trata de una limitación, una incapacidad de las disciplinas para atrapar esas fuerzas que se amasan en la penumbra de la sociedad, a oscuras de la sociología. No se trata de reformularla, sino de destruirla. ¡Y ha no tener miedo! Las prácticas y los lenguajes seguirán desperdigados como antes lo estuvieron en la profundidad que sobrevolaba la pretendida ilusión de las reglas del método.

La voluntad de oscurecer, o voluntad de bruma, es una actitud, el no método; es rechazar de plano que el otro pueda ser subsumido en nuestro sistema de explicaciones, este no lo soportará y se resentirá al primer giro violento de lo que se quiere contener. No decimos que la academia, la policía o la gestión, sean ignorantes de este conflicto. Porque lo saben, hace tiempo que han eludido la posibilidad de contener esos lenguajes y los han dado por inexistentes.

Pero la voluntad de bruma sabe de batallas subterráneas, de herejías que convulsionan las jerarquías institucionales, llámese prensa, academia o policía. Tres formas de investigación, que son tres formas de espiar y, por añadidura, de delatar lo que se prevé. Tres formas de recortar lo que permanece embutido. Vivir afuera es *La patria vigilada* de los saberes voyeurísticos.

Pero si no hay una formulación del problema tampoco se tratará de dar respuestas; mucho menos de hallar soluciones o de garantizar la veracidad de las hipótesis. Solo es la voluntad provocadora de recoger las ramificaciones de prácticas y lenguajes que incursionan en el afuera profundo de la Argentina. No se trata de analizarlos, categorizarlos, tipificarlos y clasificarlos. Solo recogerlos de la penumbra; no para iluminar la parte que aún nos faltaba ver para completar el todo, sino para que estos desplacen la oscuridad a lo que ya estaba claro, definitivo, sabido de memoria. Es la bruma, la oscuridad, el agujero negro que se engulle las explicaciones.

Empecemos con la historia. De cómo “debemos” contar una historia. Contar es recoger; rejunter los trozos de biografías para involucrarlas en un relato que a la vez que las conecta entre sí, las interpreta y disciplina. Pero para que este relato sea posible debe presumirse que el fluido de la realidad tenga la voluntad de permanecer en la unidad que supone el relato. Cuando se trata de literalizar la Argentina, nos encontramos con una falla de continuidad; cuando esta escritura se monta desde los 80 o los 90, sufre la incapacidad de encastrar todas las historias en una sola historia, de apoyar las biografías en un drama colectivo, es la carencia para contener en una forma todas las experiencias.

En las historias de Fogwill, por el contrario, las historias individuales pierden escozor, son livianas, personajes sin densidad. Lo pesado estará en lo que ocurre y los une. Curiosamente la política como clave de lectura de esos descarriados ha desaparecido. Para

Fogwill lo pesado está en la calle. Biografías que se encuentran en lugares que las unifica. El tránsito continua de manera arbitraria, como si resultara de ciertos resabios de un desquicio que ha perdurado. La densidad no se la da el ser resultado que remite a una historia mayor, sino la pesadez del acto que ocurre; no son las conclusiones ni los efectos del pasado, sino lo que ocurre ahora. Cuando la totalidad no se puede reconstruir, porque está rota y faltan pedazos, los diálogos tropiezan unos con otros, se interrumpen, no pueden dar cuenta de lo que sintiendo los despista.

Para decirlo con las palabras de Fogwill: *“Volver aquella luz filtrada por pantallas (...) tiñendo todo, proyectando sombras sobre parte de cuerpos, mitades de caras y espacio huecos de pura oscuridad cerca del piso. Evocando esa luz, se imagina capaz de narrar una historia encajada en el interior de...”*

-¿De otra historia...?- se preguntaba Wolff.

-No: dentro de sí. Justo en el centro de sí misma y no en un pedazo de otra historia que la contiene...

En otra historia –pensaba Wolff- se traman casi todas las historias, por lo menos, desde Homero. En cambio, uno tendría que permitirse urdir las dentro de sí.”

Afuera profundo.

Dos frases que no son solamente eso, dos frases, sino también dos consignas, dos momentos que desquiciaron la Argentina, que se hicieron cargo de los desquicios que conmovieron la maqueta política. La primera es *“el subsuelo de la patria sublevado”* de Scalabrini Ortiz. La otra, menos conocida pero más larga, pronunciada en los albores de los setenta, pertenece a Leopoldo Marechal y está escrita en *“Megafón y la guerra”*; dice: *“Los combates que nos importan nunca salen a la luz, ya que permanecen en el subsuelo de la historia.”* De frases como estas nos gustaría imaginar que salió disparado Fogwill. Porque Fogwill viene a decirnos que las sombras persisten, que es como decir que los conflictos vienen por lo bajo; aunque no los veamos, aunque intentemos desapercibirlos con todo tipo de piruetas (piruetas académicas, asistencialistas, periodísticas y policiales), la Argentina se condensa en el fondo.

La escritura de Fogwill apunta a regiones empañadas, hacia aquello que no pudiendo ser visto con claridad, no se lo puede dejar de palpar. Pero a diferencia de la Academia que ante la dificultad de visibilizar lo que le desborda opta por recortar, disciplinando así su objeto de estudio, estabilizando lo que fluye, o mejor dicho, pretendiendo anclar sus propias inseguridades; Fogwill persigue el emputecimiento en todas sus posibilidades, con el riesgo que ello implica. Si la realidad no transita por andariveles separados, habrá que asediarla

desde su condición ensimismada. Por eso la escritura de Fogwill antes que a una mesa de disección se parece a una de esas vitrinas que solemos encontrar en las carnicerías del barrio, donde se acoplan y exponen todas las achuras, una al lado de la otra, mezclando los jugos que el frío todavía no ha podido coagular.

Pero se escribe también a contrapelo de la prensa oportunista, para dar cuenta de lo que late bajo la superficie mediática. Porque si la Argentina se piensa con el temperamento de buenosaires, Fogwill escoge aquello que si se precipita por proximidad, quedará siempre afuera, como resto o escoria. Basta con recordar a dos de sus novelas. La primera, “los Pichiciegos”, escrita precisamente durante la guerra de Malvinas; y “Vivir Afuera”, de la última década, donde la criminalidad que sitia el cotidiano es gestionada por la bonaerense. Se trata de los subterfugios argentinos. Contiendas que se celebraron y celebran en el subsuelo trágico de la Patria que, si ya no puede sublevarse, no dudaría un segundo llegado el momento de partirte la jeta de un balazo a la primera de cambio.

Argentina se resiente. Hay otra Argentina que viene amasándose por debajo, desde lo bajo; reinventándose todos los días, desde ese asfalto que supura, pero también desde ese interior, que ahora llamamos afuera, pero que en el siglo pasado, Mansilla por ejemplo, llamaba adentro (“Tierra adentro”).

Lo que está adentro es lo que sobra. Este desplazamiento es el que viene a narrar Fogwill.

La Argentina continua partida en dos, que pueden ser tres: Por un lado el afuera, los interiores; y por el otro el centro, aunque también abyecto en sus lucubraciones. Porque la Argentina se sigue pensando desde la duración porteña. Los intereses del país son los intereses de los servicios que se gestionan en *la* ciudad, de las consultas que se dispensan en ella. Es que de alguna manera la Argentina sigue para-pensándose desde el temperamento que el periodismo porteño imprime y releva como problema, como visible diario.

Fogwill da cuenta de lo que buenosaires o expulsa de sus relevos o lo retoma como “Secreto de Estado”. Porque el interior no aparece en la sección de política o economía pues sencillamente si no existe, tiende a desaparecer. El pensamiento que buenosaires tiene del interior, sobre todo de ese interior que se precipita por proximidad, el conurbano, es un pensamiento que se inscribe en la crónica policial. Mientras que para el otro interior, el periodismo le reservará la anécdota incunable, la voz perdida, pintorequista, casi muerta que rescata el cronista curioso con cargo de consciencia.

Eso en cuanto al periodismo. Porque para la política ejecutiva nacional el afuera será un dolor de cabezas, la cuenta que no cierra. Algo que mantener a raya. ¿Acaso Fogwill no estaría narrando la criminalización de la pobreza? ¿No estaría dando cuenta la forma de

gestionar la criminalidad a través de la policía? La bonaerense no está para reprimir cuanto para administrar lo que por hache o por be le involucra.

Buenos Aires repensó al interior como una cuestión de estado, y más precisamente como un problema interior, que atañe al ministerio del interior, a la gendarmería. El interior es un ítem de la cartera de seguridad. El interior es sobre todo la seguridad interior. O sea, los cortes de ruta, las puebladas, las fugas, la toma de rehenes, las pistas clandestinas.

Argentina sigue partida en dos. No se descubre la pólvora cuando insistimos en el estrabismo de la política. Ocurre que después de dos siglos, el mapa de la política sigue como entonces.

El afuera, es el afuera de buenosaires, lo que se reservaba para buenosaires. Lo que expulsa o se resiste incluir. Por eso el afuera está en el afuera pero también es algo que solemos toparnos por las calles mismas de buenosaires.

“Vivir afuera” entonces es un manual del gran buenosaires. Pone nombre al indecible académico, al invisible televisivo. Da cuenta de lo que se amasa allí Adentro. Allí donde la universidad recorta y el periodismo estereotipa, Fogwill pega y mezcla.

En Fogwill no hay futuro porque en el conurbano no hay destino. Se vive al día esperando un golpe de suerte, lo que fuera sea ese golpe de suerte: un golpe exitoso al banco de la esquina, el loto, la hija afortunada, el camello del barrio. Lo que sea. La argentina ensimismada, que vive al día, que se posterga todos los días, hasta quedar rezagada otra vez, que ni siquiera tiene un destino donde recostarse y consolarse. Pero lo que queda afuera no se resigna. No se dispone a tener que aceptar con sufrimiento el lugar que le tocó. Lo va a solidarizar brutalmente. Inscribe su voluntad en un cotidiano inminente donde descargará toda su potencia con cada oportunidad. No hay futuro. El futuro ya llegó y el conurbano será la revancha de aquello que se excluye.

Voluntad de bruma.

Hay una frase que nos atrapó, y nos parece, aún a riesgo de simplificar hasta el absurdo, que condensa toda la obra de Fogwill, y es la siguiente: “*Y qué es la oscuridad sino una espesa sustancia negra que se desprende de la lámpara.*”

Fogwill es ese mismo ensamble, pero que sin embargo elegirá pensarse en el límite de lo que ensambla. Por eso Fogwill será *fog-will*: algo así como la *voluntad de la niebla*. Escribir entre penumbras; en el límite de la visibilidad; entre la oscuridad y la luminosidad. Ni transparente ni ilustrada, pero tampoco conspirativa: brumaria. Su escritura tantea los contornos de un cotidiano empañado, manoseado. En el mundo de Fogwill, como antes en

el de Arlt, todos están encastrados y manchan lo que tocan. La escritura patina en el barro, se va volviendo barro a medida que los personajes tropiezan y descienden.

En casi todos los libros encontramos referencias a esta perspectiva brumosa. Por ejemplo en el subtítulo a “los Pichiciegos”: “Visiones de una batalla subterránea.” Nuevamente los dos elementos se combinaban. Se trataba de los conflictos que acontecían en el subsuelo de la historia, sobre los cuales se proyectaba alguna forma de luminosidad. Nada surgía a la superficie. Sea porque los medios lo tapaban primero, o porque después todo el mundo daría la espalda a la plaza llena. La pichicera es la trinchera de los Pichis. Subterfugio que queda a mitad de camino. Como corresponde a una batalla donde uno no corta ni pincha. Una trinchera que se cava profunda y en el medio. Nunca sabremos de qué lado quedaremos después de cada batalla. Por eso se vivirá en trance. A mitad de camino, dijimos: Ni una cosa ni la otra: las dos. Una visibilidad hecha de sombras, construida desde las penumbras: Si no es el humo de la batalla que se resiente desde el interior de la tierra; será el smog de la ciudad, ese perfecto olor a mierda y diez mil cosas más juntas que se desprende desde el asfalto. Esta es la materia prima, los restos que persigue Fogwill.

Haciendo pogo.

Dijimos en el límite, pero al palo. En pleno trance. Los escritos de Fogwill se escriben de un tirón, como poseídos. Si se impregnan de la velocidad del conurbano y de la guerra, también se tiñen de su prepotencia. El trance transforma al sueño en pesadilla.

Fogwill es ese jodido Punk. Siempre a contramano; que se inventó a contramano. Su escritura es intempestiva, como sus intervenciones desubicadas. Fogwill es un sacado a quien se lo pretende disculpar desde la excentricidad del literato. Pero por suerte, siempre estará mandando a la puta que los parió al perfumado progresismo argentino, ese mismo que suele heder la izquierda pituca, psicoanalítica y pedante (Las tres “P”).

Intempestiva su personalidad, intempestiva su escritura. Porque no solo se trata de una pose incorrecta no recomendable para los aspirantes a buenos alumnos. Fogwill escribe a contrapelo. Nos pone los pelos de punta. Ya lo dijimos: es un jodido punk hinchapelotas. Sus escrituras son como respuestas a problemas que no tuvieron tiempo de formulación, sea porque no hubo ganas o cojones para plantearlas. Solo que esas respuestas no tienen la pretensión de la clarividencia, de ahí que tampoco podamos advertirlas como respuestas. Son exploraciones de las ramificaciones que oscurecen lo que se nos presenta de un modo ostensible.

Se sabe que el pogo es esa danza endemoniada de la punkitud. El pogo como la invasión del espacio de otro. Eso mismo hará Fogwill con las ideas. Saber anfetamínico que

baja y sube constantemente, increpando al cuerpo del otro, empujándole, improvisando avalanchas. La escritura molesta. Nos toca de cerca, roza nuestra profunda hipocresía. Y todo eso a una velocidad que provoca vértigo. No hay tiempo para hacerse el minucioso. Para desmontar lo que de todos modos se está rompiendo. Las ideas se atropellan como se desencuentran sus protagonistas.

Fogwill agrade, irrita para disipar las brumas del espectáculo. Pero también para sacarnos los humos que tengamos encima. Sobreexposición que se crispa, pero que en ese crispar tuerce los moldes.

Habría que tener en cuenta que Fogwill es el inventor de los horóscopos de los chicles Bazoca. El horóscopo del pibe Bazoca preanunciaba lo que se venía amasando en la boca de todos. “Los pichiciegos” es un horóscopo: no solo nos adelanta como terminará la guerra, sino su farsesco desenlace político. “Vivir afuera” es otro horóscopo en la medida que nos anticipa el contexto para la política en las próximas décadas: una mezcla de drogas, armas, sida, asfalto, putas, punteros de cuarta, policía dura muy dura, intelectuales berretas, resentidos y anclados en los setenta. El horóscopo es la voz intempestiva, que se adelanta. El nombre que recibe el futuro en el presente. Los indicios previos de la escena que, si todavía no son, ya lo están siendo de alguna u otra manera.

Fogwill no recorta ni especifica. No es un especialista, pero tampoco pretende serlo. Fogwill denuncia al intelectual cuando se jacta. La Argentina no es un problema científico. Cuando todo se encuentra encarajinado, la mejor forma de esquivar el bulto, es diseminarlo en particularísimas hipótesis financiadas que luego nadie leerá. Por el contrario, Fogwill embute. Mezcla todo porque todo estará mezclado. Sus novelas son un collage. Está hablando desde diferentes “registros” al mismo tiempo. Son como los acoples que producen un efecto de distorsión. Voces desencajadas que se repelen tan pronto se las ponga en contacto. Que si se presienten, se relojean; y si se pispean es porque se evitan, porque se las quiere evitar.

La voluntad de penumbra tiene ansias por el diálogo, no el formalizado comunicativo del mejor argumento, sino por la conversación callejera. A la sociología punk –y ya nos quitamos de encima el fastidioso guión- le gusta que las palabras de una invadan las prácticas del otro; le encanta sacudirse en la mezcla que se amasa cotidianamente, se erotiza con el vértigo que la precipita en cada oscuro pozo de la sociedad. Sospecha que las ramificaciones construyen pervertidos vericuetos, pasadizos que las desplazan hasta lugares inimaginados para la academia. Lenguajes y prácticas que segregan cuando menos se las espera.

La pichicera.

Helada y sombría. Los obuses revientan en el suelo; el barro estalla, pega contra la cara, pringa la ropa, se seca, paspa; después el frío, escalda.

Siete u ocho metros bajo tierra, juntar, cambiar, acumular, guardar, resistir, aguantar hasta que pase. Ni en un frente ni en otro, en el medio del fuego, diez u ocho metros bajo tierra, en el límite de lo imaginable, en un agujero oscuro, húmedo, opaco, indecible. En ese embutido se ven pasar veinte años de historia argentina compactada en diálogos fugaces como vuelo rasante de un caza bombardero. Un fuera de foco proyecta sobre el hoyo negro la secuencia de escenas anteriores que arrastraron a sus personajes al interior del agujero y profetiza la secuencia sucesiva. Los diálogos sobre los '70 que tienen los conscriptos y los discursos de capitanes y coroneles, se dan como imágenes violentamente trozadas. *Apocalipsis now*. Un clima de malestar que impregna nuestra época, de la misma manera que el desconcierto producido por la incertidumbre incapaz de avizorar el destino de este terreno que, aún, llamamos argentina.

La pichicera es el perpetuo trance argentino; se ubica más allá de la guerra pero más acá de la política. Una historia hecha de las guerras y las políticas que permanecen en el contrafondo enlodado, donde se depositan los restos de una nación abismal. La pichicera entonces como basurero: los desperdicios de la guerra después de la política. Los residuos de una nación que se va descomponiendo mientras otros residuos se siguen arrojando sobre esa pichicera que se expande y comienza a heder su historia.